DÍA DE LA MONTAÑA
DÍA DE CANTABRIA

S.A.R. Infanta Doña María Cristina
de Borbón y Battenberg

1993

Señor alcalde:

No debe atribuir a simple fórmula de cortesía que le diga que me siento profundamente emocionada al recibir de vuestras manos, en nombre de la corporación municipal, el título de «alcaldesa honoraria», no sólo por lo que hay en ello de honroso, sino por la carga de emociones y recuerdos que lleva consigo.

Con gran sensibilidad y delicadeza, habéis querido rendir homenaje, a través del que me habéis tributado a mí, a mis padres, tan vinculados a la Montaña desde hace ahora ochenta años, así como también a mi hermano el Conde de Barcelona, cuya reciente desaparición es la única nube que enturbia el gozo y la alegría que me embargan en estos momentos.

Tened la seguridad, señor alcalde, que el honor que acabáis de hacerme quedará indeleblemente enraizado en mi alma. Y no digo que me unirá aún más a esta noble región, porque desde muy niña aprendí a amarla de todo corazón, en el seno de mi familia. La incomparable península de La Magdalena fue siempre para nosotros un verdadero y entrañable hogar.

Aún así, vuestro caballeroso gesto me ha vinculado quizá más firmemente todavía, si ello fuera posible, a la bella tierra montañesa, y de manera muy especial a la zona en que ahora nos encontramos, tan cerca de mi amado Comillas, donde veraneo desde hace algún tiempo. A partir de ahora, os llevaré en lo más hondo de mi corazón. Desearía además poder corresponder, de alguna manera, al honor tan singular que me habéis otorgado.

Permitidme, antes de terminar, que, ya en funciones de alcaldesa y haciéndome intérprete de vuestro pensamiento, eleve desde aquí mi recuerdo, y estoy segura que el de todos vosotros, hasta la augusta persona de nuestro rey, mi querido sobrino, en testimonio de respeto, afecto y adhesión.

De nuevo, señor alcalde, mi más sincero y profundo agradecimiento a todos ustedes.

Pregón del Día de Cantabria

No creo que sea necesario ponderar la emoción —tan profunda— que siento en estos momentos, al encontrarme convertida en pregonera de la noble y bella Cantabria.

Por estos mismos días, hace exactamente ochenta años, se iniciaban los veraneos regios en el palacio de La Magdalena. Lo cual quiere decir que hace también ochenta años que yo comencé a amar a esta región. En la maravillosa península situada entre el portento de la bahía santanderina —glosada por Gerardo Diego— y la bravura del mar Cantábrico —descrita por Pereda—, mis padres me enseñaron, lo mismo que a mis hermanos, a amar a ese incomparable marco geográfico, a la vez que a su pueblo que tan cerca de nosotros estuvo siempre.

Al cariño mostrado por el rey hacia la capital montañesa contribuyó, sin duda, el que la ciudad de Santander, con el voto incluido de los concejales republicanos en su ayuntamiento, le regalara el palacio de la Magdalena. Pero ese cariño es casi exclusivamente obra de la reina. Fue ésta una de las dos personas que, aun no habiendo nacido en Santander, la amaron de modo más entrañable; la otra fue el novelista Pérez Galdós.

De ello nos ha quedado un testimonio bien expresivo. Cuando el autor de los *Episodios Nacionales* acudió una noche de enero de 1914 a saludar a los reyes, en el palacio del Teatro Español desde el cual asistían a la representación de la comedia *Celia en los infiernos*, se estableció, inmediatamente, una corriente amistosa entre la reina y Galdós, a través del cariño que ambos sentían por Santander. Según relato posterior del novelista, «cuando la reina nos habló de su entusiasmo por la tierra santanderina, hícele notar que, sin duda, debía de haber en este sentimiento algo de nostalgia de sus campos ingleses, tan verdes, tan suavemente húmedos. "Es cierto", dijo ella».

También era visible una cierta semejanza entre las líneas estructurales de las casas de campo británicas y la fisonomía exterior del palacio santanderino, en el que los arquitectos Riancho y Bringas habían sabido conjugar muy bien aquellos elementos con la mayor severidad monumental de los palacios españoles.

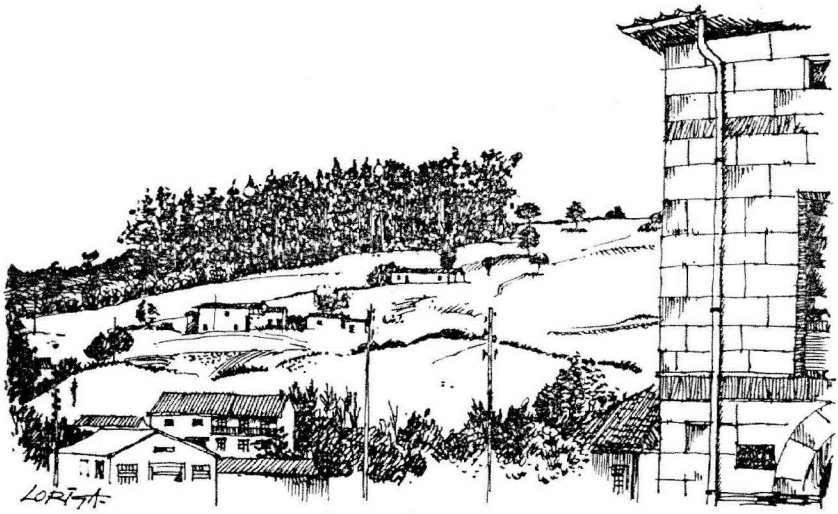
Desde aquel incomparable lugar pudo además satisfacer la reina una de sus grandes pasiones: la contemplación del espectáculo siempre cambiante del mar abierto a los horizontes infinitos.

En uno de los acantilados de la Península, orientado hacia el nordeste, se construyó, de manera un tanto rústica, el que fue conocido

por el pueblo como «Mirador de la Reina», del cual no ha conservado la acción destructora del tiempo sino la pequeña base de piedra. Nos ha quedado, en cambio, la evocación que de aquel mirador hizo, poéticamente, don Miguel de Unamuno, ya en tiempos de la República: «Desde aquí, en su isla de Wight soñaba...» Lo mismo que Luis Rosales, en otro poema muy posterior: «Desde las playas de La Magdalena / contemplaba las playas de tu infancia...»

Debido a todo ello, el palacio santanderino llegó a convertirse en el verdadero hogar de la reina. Lo amuebló y decoró a su gusto, por lo que se encontraba en él mucho más cómoda que en otros palacios. Entre las muchas veces que lo repitió, me es grato recordar las palabras —tan expresivas— que dirigió en carta de octubre de 1950 a Eugenio Vega Latapie, santanderino de corazón, aunque tampoco nació en la Montaña: «Me emociona», le dice, «que me escribas desde Santander, que yo tanto quiero y de donde tengo recuerdos de veraneos deliciosos en mi querida Magdalena. Allí me sentía muy feliz y más independiente que en ninguna otra de nuestras residencias. No olvido lo simpático de los montañeses y el afecto con que siempre hemos sido recibidos en esa región».

El mismo Eugenio Vegas no fue ajeno a que mi madre pudiera tener ante ella, hasta el momento último de su vida, un bello paisaje del pintor Núñez Losada, con la vista de la península y el palacio de La Magdalena, que le habían regalado en 1952 unos cuantos montañeses. Creo que merecen ser recordadas, también, las palabras con que la reina agradeció el regalo de aquel «cuadro representando mi hogar



La Mata, vista desde la Plaza.

en la Montaña, que tanto he querido y donde pasé días muy felices, cuyo recuerdo evoco constantemente».

Todos nos sentíamos, en efecto, muy felices cuando llegaba el verano y veníamos a La Magdalena. Además, en contra de lo que pudiera creerse, desde allí estábamos en contacto diario con la vida y con el pueblo de Santander. Nada importaba que en el interior del palacio nos acompañaran, durante los veranos, un gran número de personas, que en él se alojaban. Nuestra vida nunca estuvo limitada al perímetro de la península, ni mucho menos confinada en el interior del palacio.

No solamente acudíamos todas las mañanas, con nuestra madre, a la primera playa del Sardinero, sino que frecuentábamos también las pistas y los salones del tenis, nos reuníamos con amigos en el Club Marítimo, jugábamos al golf en Pedreña o íbamos mi hermana y yo bastantes tardes, también con la reina, de compras por la calle de la Blanca... Además, los días en que el rey jugaba algún partido de polo en el maravilloso campo de La Magdalena, los santanderinos entraban en la península para verle jugar y compartir con nosotros la merienda que, en un momento de interrupción del juego, se nos servía a todos sobre las verdes laderas del campo.

Por otra parte, Santander tenía para los pequeños de la familia el encanto de ser el lugar donde transcurrían nuestras vacaciones. En alguna ocasión lo comentó así, delante de un grupo de santanderinos, mi hermano, el Conde de Barcelona: «¿Cómo no íbamos a adorar a Santander, si allí pasábamos casi todas nuestras vacaciones escolares, que son la época más deliciosa para cualquier muchacho?»

Para él representó Santander, al mismo tiempo, algo de valor mucho más perdurable. El contacto durante los veranos con vuestro mar le despertó la fuerte vocación marinera que le haría torcer el rumbo de su vida, orientada, en un principio, hacia la carrera de ingeniero. Y aquella misma gran pasión terminó vinculándole aún más a la ciudad de Santander, en los últimos años de su existencia que no hace mucho acaba de extinguirse. El doctorado *honoris causa* por la universidad de Cantabria en una facultad relacionada con los problemas de la mar fue, sin duda, uno de los galardones que más apreció. En el solemne acto de investidura, nuestro amigo Alfonso de la Serna se encargó de dar lectura, en nombre del Conde de Barcelona, al discurso de incorporación al claustro.

Por cuanto llevo dicho, no os resultará difícil comprender la profunda emoción que en estos momentos me embarga, sobre todo después de haber recibido yo esta misma tarde el título de alcaldesa honoraria de Cabezón de la Sal.

El honor que ello representa se acrecienta, aún más, con una serie encadenada de circunstancias, de muy singular significación.

Vengo ahora desde mi querido Comillas, donde aún no se ha perdido el recuerdo de mi abuelo el rey Alfonso XII. Y al llegar a Cabezón, me encuentro en el interior de la casa que fue hogar de un doctor ilustre, que revolucionó en España la práctica de la obstetricia... y que atendió a mi madre en el nacimiento de sus hijos. Por alguna circunstancia que desconozco, no creo que fuera él quien me ayudó a venir al mundo, lo mismo que a mis hermanos. Era, por lo tanto, el conde de San Diego, persona de nuestra intimidad y muy querido por mis padres, quienes no quisieron dejar de honrarle con un título nobiliario.

Y por si todo esto no fuera bastante para levantar en mi ánimo la marea de evocaciones y recuerdos que ahora me invaden, también lo suscita en mi interior —¡quién lo diría!— la presencia de la jovencísima reina de nuestras fiestas, que con su gentil hermosura y la belleza de las demás de su corte nos preside.

Es nieta del gran poeta José Hierro, justamente el primer premio Príncipe de Asturias de literatura. Fue en aquel año de 1981 cuando por primera vez hizo entrega don Felipe de los premios en Oviedo. Y en aquella ocasión, además, el poeta dirigió a los reyes unas palabras que, por las singulares circunstancias del momento histórico, les emocionaron profundamente.

Pero nuestra reina en esta fiesta es, al mismo tiempo, biznieta de don Joaquín Hierro. El dato puede carecer de importancia para casi todos los aquí reunidos, excepto para mí. Durante nuestros veraneos en el palacio de la Magdalena, Joaquín Hierro se hallaba al frente del gabinete telefónico que allí se instalaba. Y de tal manera recordaba Hierro —el bisabuelo— aquel servicio suyo durante los veranos, que durante mucho tiempo conservó, según me han informado, un ovillo del cable de color azul que se usaba en los teléfonos de palacio.

¿No creen ustedes que son todos éstos motivos más que suficientes para arrastrarme, de manera casi insensible, hacia la busca del tiempo perdido? Sin duda alguna; pero también surge ahora, en cambio, otro resorte que me impulsa hacia el futuro.

Como ustedes habrán visto, cuando he llegado a esta sala, traía en mis manos un bastón, no tanto porque lo requiera como báculo por mis muchos años, sino por ser el símbolo de una autoridad que muy poco antes se me había conferido, al entregárseme el título de alcaldesa honoraria de Cabezón de la Sal.

Aunque se trate de un título honorífico, no quisiera desmerecer demasiado de los grandes alcaldes que, hasta nuestros mismos días, ha tenido Cabezón de la Sal. Entre ellos, no quiero dejar de recordar a don Ambrosio Calzada, desaparecido de entre nosotros, por desgracia, no hace mucho tiempo.

Para poner fin a mis palabras, dejadme invocar la protección para todos de la Virgen del Campo, patrona de nuestro pueblo, y expresaros el deseo de que contéis conmigo siempre que lo estiméis necesario. Aunque soy muy consciente de que lo único que, tal vez, puedo hacer por vosotros sea llevaros en el fondo de mi corazón.

Muchas gracias.

S.A.R. la Infanta D.ª María Cristina de Borbón y Battenberg